

En cuanto á mi que di las primeras órdenes y diría casi cuanto sucedió, estoy alegre por haber de este modo satisfecho un deseo de mi corazón y haber prestado un servicio á la historia, y á la humanidad, á cuyo frente se halla Santo Domingo mi patria.

Aprovecho la oportunidad, ilustre Señor, para presentarle, pero nó por la primera vez, el homenaje de todo mi respeto y profunda admiración.

De V. muy humilde y muy afectuoso servidor

G. ROQUE COCCHIA, *obispo de Oropesa*

Delegado y Vicario apostólico.

*Al ilustre CÉSAR CANTÚ*

MILAN.»

Recibimos de Génova la siguiente carta que trata del mismo asunto y que publicamos con el mayor gusto:

« Génova, 3 de diciembre de 1877.

SEÑOR DIRECTOR:

Eran exactos mis presentimientos de que los artículos cortesmente publicados por V. en su acreditado periódico, relativos á la mayor glorificación de Colon, interesarían á la culta Milan, verdadera capital moral de Italia; porque efectivamente recibí de los nobles milaneses muchas y muy simpáticas felicitaciones por mis débiles esfuerzos de promotor. Por otra parte, aunque Cristóbal Colon pertenece por su nacimiento á Génova, es también milanés en cierto modo por la nobleza de su antiguo linaje lombardo; y protegido por un pariente lombardo pudo aprender sus primeros estudios en Pavia el año 1445 y continuarlos hasta el 1448. En Milan publicaba también el conde Tulio Dandolo aquella concienzuda traducción de la obra maestra de mi ilustre amigo el conde Roselly.

Por lo demás, caballero, es muy exacto el hecho del descubrimiento en Santo Domingo de las cenizas de Colon. En 1795, tuvo lugar un error material en los españoles, y un excusable engaño de un dominicano, que por amor patrio y afecto á Cristóbal Colon, que se quedaba en Santo Domingo, indicó en lugar de su tumba la de su hijo Diego, á la Comisión encargada de su traslación á la Habana.

Los honores del hallazgo se deben á Monseñor Roque Cocchia de Cesinale, capuchino, Arzobispo y Delegado Apostólico; ya que no sólo se hallaba en su

catedral la caja que encierra las reliquias del héroe, debajo de aquella parte del santuario donde se levanta el trono arzobispal; sino que lo más notable es que supo á su debido tiempo dar el valor merecido á una tradición popular que no obstante la confianza de la Habana, decía que el depósito de Colon estaba en Santo Domingo.

Acaeció que este año, el sábado 8 de setiembre, consagrado á la Natividad de María Santísima, el canónigo Francisco Javier Billini y Hernández, destinado por Monseñor á proceder á las investigaciones oportunas de Colon durante los trabajos de restauración de dicha catedral, corrió á avisar al mismo Monseñor que en aquel mismo instante acababan los obreros de convencerse de que habían descubierto un pequeño subterráneo, que parecía tener trazas de sepultura. Su Excelencia dió al punto orden de proseguir el trabajo aunque era domingo. Dos albañiles ocupados en aquella obra la continuaron sin interrupción hasta el lunes por la mañana.

Descubrióse entonces claramente una pequeña bóveda debajo la cual había una caja de plomo. El canónigo Billini fué otra vez á encontrar al señor Arzobispo quien le acompañó al instante al sitio de las excavaciones. Había allí varios testigos, y mediante el agujero practicado no sólo pudieron todos ver el féretro, sino las iniciales de encima que autorizaban para juzgar verdaderas las presunciones ya hechas.

Mandóse después despejar el local, cerróse la iglesia y se suspendieron todas las obras. Dispúsole así el Prelado para que tuvieran efecto las más solemnes y convenientes formalidades de comprobación del hallazgo, invitando además á todo el clero, y las principales autoridades civiles y militares.

Aquel mismo día, á las cuatro de la tarde, en presencia de los miembros del gobierno, del cuerpo consular, del gobernador de la provincia, de una brigada de artillería, con dos médicos y tres notarios, y después una multitud de notables y distinguidos ciudadanos invitados para asistir á esta memorable función religiosa, después de una hermosa relación de lo hecho, mandó Monseñor que se quitaran las últimas piedras á fin de que se pudiera sacar el féretro del nicho donde estaba sólidamente metido.

Colocóse después en un gran catafalco en el centro de la tribuna. No sólo asistió el ilustre y patriótico Prelado, sino que ayudó con sus propias manos. Advirtiéndose entonces que la caja de plomo, muy bien conservada, además de las letras iniciales de encima tenía otras letras al rededor: y se llevaba procesionalmente por todo el recinto de la iglesia. Luego que se hubo levantado la tapa, se vieron en su interior inscripciones más claras y capaces de quitar toda duda acerca de la autenticidad de los restos mortales, y el Prelado exclamó con voz conmovida: ¡Viva Colon! declarando que aquellos restos eran los del inmortal héroe. Entonces estalló

en el templo una inmensa exclamacion de alegria, á la que correspondió la ciudad, muy alegre de celebrar el feliz suceso, con una salva de 21 cañonazos, repique general de campanas, diversas músicas é interminables demostraciones de regocijo.

Procedióse despues en la sacristia á un diligente exámen. La caja mide 42 centímetros de largo, 20 de ancho y 21 de profundidad. En la cubierta se lee: *D. de la A. Per. Ate.*; equivalentes á *Descubridor de la América Primer Almirante*. En el lado izquierdo hay una *C*, en el derecho una *A*, y en la parte delantera una *C*.

En el interior de la tapa hay una inscripcion con caractéres góticos que dice: *Ilustre y Esdo. Varon D. N. Cristoval Colon*. El estado de los restos: 28 huesos grandes, 13 fragmentos, lo restante polvo, en el cual se ha encontrado una bala de plomo, del peso casi de una onza. (Sin duda la que desde tanto tiempo llevaba en un muslo, y que en su última expedicion le causó tan grandes dolores, por habersele abierto otra vez la cicatriz). Firmada el acta de reconocimiento y cerrada otra vez la caja, cada una de las autoridades presentes puso en ella su sello.

Finalmente, á las ocho y media de la tarde, aquel venerable Prelado al frente del clero y de las ya dichas autoridades, llevó en procesion por las principales calles de aquella capital las verdaderas cenizas del incomparable héroe, depositadas interinamente en la iglesia de Regina Angelorum, miéntras dure la restauracion de la catedral.

Con tal circunstancia, Monseñor Cocchia dirigió una carta pastoral al clero de su diócesis, en la que mandaba un repique general de campanas y el *Te Deum* en todas las parroquias. Despues se trasladó á Roma para entregar á Su Santidad la relacion oficial del hecho, dirigiéndose despues al historiador de Colon, el conde Roselly. Su Señoria Ilustrisima publicará ademas una obra acerca de Colon y Santo Domingo.

Reciba V. etc.

S. S. S.

JOSÉ DE G. B. BALDI.»

(Lo Spettatore, 6 de diciembre de 1877.—Milan.)

## TODAVÍA MÁS ACERCA DE LAS CENIZAS DE CRISTÓBAL COLON.

Don José de G. B. Baldi nos envía desde Génova la siguiente copia, en su original frances de una bellissima carta del eminente Promotor de la canonizacion de Cristóbal Colon, el Cardenal Donnet, Primado de Aquitania, etc., dirigida á Monseñor Cocchia, á quien se debe el descubrimiento de las cenizas del gran italiano, ocurrida en Santo Domingo el 10 de agosto de 1877.

«MONSEÑOR,

Habia llegado hasta nos la fama del descubrimiento de los preciosos restos de Cristóbal Colon ántes que V. S. I. me hubiese anunciado dicho acontecimiento. No por esto le doy ménos las gracias por la actividad que ha desplegado escribiéndome, y enviándome la carta pastoral, que los fieles del Nuevo Mundo habrán leído con el más vivo consuelo.

Ignoro los designios de Dios acerca de la causa del héroe, objeto de mi veneracion y de mis respetuosas simpatias; pero no me sorprendería que el descubrimiento de sus restos marcara el momento en que su gloria brillara con nuevo esplendor.

La posteridad, como los contemporáneos, ha sido injusta para Cristóbal Colon. Si ha celebrado su talento, ha desconocido su santidad; la mejor parte del grande hombre ha sido intencionalmente relegada á la oscuridad.

¡Ay! ¿lo diré?... desde el mismo santuario se han levantado últimamente los más furiosos adversarios de aquél que tuvo la gloria de dar un nuevo mundo á la Iglesia de Jesucristo.

Sin embargo, no desesperemos del porvenir. No hay tinieblas ni preocupaciones que no pueda disiparlas la luz del cielo. ¿Quién sabe si de la tumba hallada de nuestro héroe no saldrán las pruebas que exige la Iglesia para incoar la causa de uno de sus hijos más gloriosos?

Os felicito, Monseñor, por haber sido testigo y actor en el gran suceso que acaba de realizarse. Felicito al clero y á los fieles de la archidiócesis de Santo Domingo, lo mismo que á los elevados funcionarios del Estado, que han comprendido que el descubrimiento de los restos de un gran conquistador, que fué tambien un gran siervo de Dios debía ser una causa de alegria en medio de un pueblo católico.

Tened la seguridad, Monseñor, de que comparto todos los sentimientos de los